

La Raza Antioqueña

Por Emilio Robledo

(El 28 de diciembre del 58 falleció en esta ciudad don Gabriel Arango Mejía. Dedicó su vida al estudio genealógico de nuestra raza y suma de ello es la obra "Genealogías de Antioquia y Caldas", cuyo Prólogo publicamos hoy como homenaje al ilustre historiador).

De los consejos sapientísimos que dió don Quijote a Sancho antes que fuese a gobernar la Insula entresaco los siguientes, que vienen a mi propósito como anillo al dedo:

“—Míra, Sancho, si tomas por medio a la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que los tienen príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale”.

Y no contento el caballero de la figura triste pero de alma iluminada con las anteriores advertencias, las adoba con las siguientes, todavía más prácticas:

“Este último consejo que ahora darte quiero, puesto que no sirve para adorno del cuerpo, quiero que le llesves muy en la memoria, que creo que no te será de menos provecho que los que hasta aquí te he dado, y es: que jamás te pongas a disputar de linajes, a lo menos comparándolos entre sí, pues, por fuerza, en los que se comparan, uno ha de ser el mejor, y del que abatieres serás aborrecido y del que levantares, en ninguna manera premiado”.

Quiere ello decir que nada valen los blasones si quienes los heredaron no han sabido honrar a sus mayores, mas no, de modo alguno, que la limpieza de la sangre sea tenida como una cosa de ninguna valía. Las Sagradas Letras se hallan exornadas de sentencias en las que se encarece la claridad de las generaciones como una de las circunstancias que contribuyen a la felicidad de la sociedad. Para no citar sino dos de los libros sapienciales, recordemos estas aladas palabras de la Sabiduría: “Quan pulchra est casta generatio cum claritate, immortalis est enim memoria illius: quoniam et apud Deum nota est,

et apud homines". Oh! qué hermosa es la generación casta con claridad, pues es inmortal su memoria por cuanto es conocida delante de Dios y delante de los hombres. Y en el Capítulo XLIV del **Eclesiástico**, se nos exhorta a honrar a los antepasados cuando nos dice: "Laudemus viros gloriosos et parentes nostros in generatione sua". Alabemos a los varones ilustres, y a nuestros padres en su generación.

Pero sea de ello lo que quiera, es lo cierto que en todo tiempo y lugar el estudio de los orígenes de las agrupaciones humanas ha sido objeto de la mayor atención y se ha mirado como digno de ocupar la inteligencia de las personas amantes del progreso.

Para los antioqueños y caldenses el asunto reviste siempre un vivo interés, desde que se dio en la peregrina idea de remontar su ascendencia a las fuentes semitas, leyenda ésta que ha sido victoriosamente combatida por todos cuanto con espíritu despreocupado han querido adentrar en los orígenes de nuestro pueblo.

Entre las publicaciones que se han hecho con tal fin, ninguna es tan importante como la intitulada **Genealogías de las Familias Antioqueñas**, dada a luz por don Gabriel Arango Mejía hace 22 años y cuya segunda resención, tan deseada por el público, me toca el honor de prologar por designación muy honrosa que me ha hecho su autor.

Convencido íntimamente de la utilidad de este género de investigaciones, no he vacilado en aceptar el encargo de escribir esta prefación, para lo cual voy a aprovechar los datos que me han servido en algunas conferencias sobre el pueblo antioqueño, y que son poco conocidos del público. Mas ante todo, voy a dedicar dos palabras al recuerdo de los indígenas antioqueños, de aquellos **catíos**, **nutabes** y **tahamíes**, cuya personificación legendaria nos ha quedado simbolizada en Nutibara, el altivo y arisco jefe indio cuyo recuerdo no se caerá ya de la memoria, porque nuestro ático Antonio José Restrepo tuvo la feliz ocurrencia de dedicarle su bello libro sobre el **Cancionero de Antioquia**.

Aquellos aborígenes, según el testimonio del oidor Guillén Chaparro, que los visitó en 1583, eran "buena gente, grande y blanca", y si hemos de creer al ingenuo don Juan de Castellanos, fueron los únicos de todos estos contornos que conocieron el uso de la escritura, según lo atestiguan estos versos:

"Y aun entre sus avisos principales — historían las cosas sucedidas — mediante hieroglíficas señales, — en mantas y otras cosas esculpidas".

Esta población se redujo grandemente en el territorio antioqueño que había sido ocupado por los españoles. Así lo dice el visitador Fray Jerónimo de Escobar en 1582, quien afirma que aquella despoblación no fue debida a los malos tratamientos de los españoles, porque eran mayores los trabajos que pasaban con sus caciques y gobernadores. Dicho visitador agrega: "Es tierra adonde hay muy poco orden e justicia, e como está imposibilitada, por ser la tierra tan peligrosa, ni obispo en lo espiritual ni gobernador en lo temporal castigan los delitos, e ansí ay mil insolencias, como he dicho a vuestra alteza en otro memorial: en este lugar ay como diez e siete vecinos, que son Jerónimo de Torres, Pedro Alfárez, Hernán Martín, Gaspar de

Rodas, Damián de Silva, gentes muchos dellos inquieta e que amparan allí mil hombres forajidos, los cuales están como en un castillo seguro, por la entrada a este lugar, porque ha de ser en cierto tiempo del año, e sinó, no se puede entrar, e hase de ir a pie mucha parte con gran peligro. . .”

De paso hago notar que esta relación fue hecha a los cuarenta años de fundada por Robledo la primitiva Antioquia, la que más tarde trasladó, al sitio que hoy ocupa, don Gaspar de Rodas.

Tal estado de aislamiento, debido a la situación mediterránea de aquella provincia y a la carencia absoluta de vías de acceso al interior, hizo que hasta ella no se aventurasen sino los hombres de pelo en pecho que se resignaban a vivir una vida de privaciones a trueque de conseguir honrada fortuna. De ahí que las gentes cortesanasy las habituadas a la holganza no se atrevieran a exponer sus vidas cuando sólo peligros les brindaba aquel suelo abrupto y en donde no se gozaba de comodidades de ningún género. Esta condición de sometimiento voluntario a todo género de privaciones y a trabajos corporales diarios y fatigantes, de los primeros pobladores antioqueños, es de un altísimo valor negativo desde el punto de vista del semitismo, como lo veremos luégo.

En cambio de aquellas privaciones la tierra les brindaba a maravilla el oro de sus entrañas. Parecía, decían los moradores de Remedios y Zaragoza, que la tierra había hecho testamento y les había repartido sus riquezas. En la última de las poblaciones nombradas se hallaba tan amenazada la vida de los recién llegados, que cuando llegaba un chapetón, los ya aclimatados iban a preguntar al cura cuánto pedía por el vestido del aventurero; tan seguros estaban de su muerte. Con todo, allá iban llegando personas de pro a juzgar por lo que dice Castellanos:

“Y en ella desde el tiempo que decimos — Gaspar de Rodas hizo su vivienda, — No sin deseo de fundar más pueblos — En las provincias de entre los dos ríos — A lo cual aspiraban otros muchos. — **Varones de caudal y principales.** — Que de la gran riqueza de aquel suelo — Tenían ya noticia y experiencia”.

Y el obispo Piedrahíta, al hablar de las nobles familias a quienes sirvieron de tronco los conquistadores y colonizadores de Antioquia, dice: “Si se requieren letras, podrán testificar las escuelas del Nuevo Reino y Quito, que los criollos de Antioquia, Cáceres y Zaragoza acreditan siempre haber sido criados en minerales de oro; y si este metal es el que realza prendas tan relevantes, a muy pocos ha desamparado la fortuna en esta parte”.

Poco a poco iban llegando de las provincias españolas los apellidos que mayor influencia han ejercido en la constitución genesiaca de este pueblo.

De Castilla la Vieja y Reino de León los apellidos Abad, Acevedo, Alarcón, Arellano, Arnedo, Arias, Barrientos, Beltrán, Bermúdez, Bernal, Cadavid, Callejas, Cano, Cardona, Cárdenas, Campuzano, Campillo, Carrasquilla, Duque, Enríquez, Garcés, García Ordás, Gómez, Guzmán, Fernández, Flórez, Hinojosa, Henao, Hernández, Macías, Martínez, Mejía, Monsalve, Ortega, Ortiz, Paniagua, Pardo, Peláez, Pie-

drahíta, Pino, Prieto, Rivera, Ríos, Santamaría, Salcedo, Sánchez, Ser-na, Sañudo, Sierra, Soto, Suárez, del Valle, Vallejo, Velásquez, Ville-gas, Zea y Zelada. De Asturias: Arango, Valdés, Bustamante, Castaño, Castrillón, Quirós, Carvajal, Ceballos, De la Calle, Duarte, Díaz, Escala-nte, Estrada, González, Gutiérrez, Hoyos, López de Restrepo, Loaiza, Puerta, Pineda, Salazar, Tobón, Vélez de Rivera, De Villa. De Extre-madura: Alvarado, Alvarez del Pino, Correa, Cortés, Escobar, García, Hidalgo, Jaramillo de Andrade, Obando, Tamayo, Vásquez y Zafra. De Andalucía y Baja Extremadura: Acosta, Agudelo, Cobaleda, Córdoba, Latorre, Gónima, Guerra, Lince, Mesa, Múnera, Ramos, Ramírez, Ruiz, Tirado, Toro, Valencia, Zapata. De Galicia: Castro, Lema, Misas, Ure-ña. De Aragón: Ferrer, Urrea, Molina. De Granada: Robledo. De Por-tugal: Tavares, Vieira. De Canarias: Angel de Prado. De Italia: Bote-ro, Pizano. De Vasconia y lugares adyacentes: Aguirre, Aldana, Alza-te, Aranzazu, Arbeláez, Aristizábal, Arteaga, Arroyave, Arrubla, Ate-hortúa, Baena, Barreneche, Berrío, Castañeda, Chavarriaga, Echavarría, Echeverri, Elejalde, Elorza, Gaviria, Isaza, Lorenzana, Londoño, Ma-riaca, Marulanda, Mendoza, Mondragón, Montoya, Obeso, Ochoa, Oroz-co, Ospina, Ossa, Palacio, Saldarriaga, Sarrazola, Solórzano, Taborda, Upegui, Uruburu, Urreta, Yarza, Zabala, Zulaibar, Zuloaga.

Conviene al propósito la enumeración anterior porque de ella podemos deducir conclusiones muy importantes en punto de los orí-genes antioqueños. De todos los apellidos enunciados sólo hallaréis dos que huelen a judería; es a saber: el Correa y el Santa María. Respecto del primero sabido es que los judíos portugueses que lo llevan se fir-man Alvarez Correa, y que el lugar de origen del que trajo aquel nom-bre a Antioquia, don Pedro Correa de Soto, fue Extremadura.

De intento he dejado para último lugar el hablar de los apelli-dos de origen vascongado. Aún quedan algunos más en los gavilanes de mi pluma, pues hay no menos de un centenar de apellidos de aque-llas provincias cuyos hijos se hallaron como en su propio suelo, arrai-garon hondamente y dejaron allí una dilatada herencia que perdura, como lo veremos en breve.

Y entro a hablar del semitismo antioqueño.

Hace pocos años que el doctor Miller, encargado de la orga-nización en Colombia de la lucha antianémica, decía al **International Health Board of the Rockefeller Institution** lo siguiente: "Departamen-to de Antioquia. — El Departamento de Antioquia, de mayor super-ficie y población y el más importante de la República de Colombia de-riva su nombre de la población de Antioquia, en Siria. Su población es casi toda de origen judío, pues fue allí donde se establecieron éstos cuando fueron desalojados de España, y debido a la índole heredada de esta raza, los antioqueños han logrado que su departamento sea el primero en finanzas e industrias en todo el país".

Ya lo habéis oído: de la manera más llana, con la seriedad de un documento científico que a la hora de ahora debe ser conocido en todas las partes del mundo y sin que se pretenda zaherir a los antio-queños, antes bien, con el propósito de halagarlos, se asegura que somos los descendientes de Jacob en este cacho de América, y que

continuamos desplegando las actividades de los **Sefardies**, nombre con el que se conoce a los judíos españoles.

¿De dónde surgió esta leyenda? La misma pregunta se hizo no hace muchos años un compatriota nuestro de exquisita cultura y de grandes conocimientos en nuestra historia nacional. Enrique Otero D'Costa, y él mismo responde diciendo que probablemente aquello tuvo su origen en una diatriba de nuestro popular cantor del maíz, escrita en 1851, en la que puso de oro y azul a los habitantes de la Villa de la Candelaria de Medellín.

Considerándose aludido Antonio José Restrepo, escribió una epístola de Friburgo de Suiza en que a vueltas de defender unos conceptos emitidos por él en el prólogo a las Memorias de don Manuel Pombo, nos endilga —como él sabe hacerlo— las más salerosas añoranzas. Y para que el asunto asumiera los caracteres de una investigación de fuste, terció el erudito Eduardo Posada, quien afirma que en “El Día”, periódico que se publicaba en Bogotá en 1844, se hace relación de un suelto en que ya parece circular esa opinión... y agrega “que es tal vez el primero escrito en que se hablaba de esa cuestión”.

Sostuve yo entonces, y ahora lo reafirmo nuevamente, que la leyenda tiene más remota antigüedad y, que hasta donde mis modestas investigaciones me han permitido comprobarlo, ella tuvo su cuna en aquella ciudad que en nuestro país ha perpetuado el nombre de la que presenció la partida del pío Eneas y la desesperación de Dido o **la fugitiva**.

Con efecto: en los albores del siglo XIX (en 1803) se escribió y se hizo público, en Guadalajara, de Méjico, un libro que lleva este título: “Compendio historial sobre la fundación y estado ctual de la ciudad de Cartago y de la portentosa aparición y renovación de la Virgen que se venera con el título de Nuestra Señora de la Pobreza en el convento de San Francisco de dicha ciudad”. El autor de este libro fue el doctor don Manuel Antonio del Campo y Rivas, oriundo de la misma ciudad, quien después de haber sido colegial y profesor de San Bartolomé, fue ascendido a oidor de la Audiencia de Guatemala, y luégo oidor y alcalde del Crimen de la Real Audiencia de Méjico.

Este sujeto de tan altas partes escribió de oídas, a juzgar por el sinnúmero de errores que ofrecen aquellas páginas, y hallábase dotado al parecer de una imaginación extraordinaria, por lo que se deduce de lo pertinente que voy a transcribir, aunque temo fatigar la atención benévola de los lectores.

“Ya hemos dicho que Jorge Robledo, uno de los tenientes de Belalcázar, desertó del Adelantado y fundó las ciudades de Anserma (Santa Ana de los Caballeros de Anserma, se llamó después), Cartago, Arma y Antioquia. Anserma viene de **Anser**, que quiere decir sal; otros dicen que de **Azmenga**, por ser muchas las salinas u ojos de agua que hay en toda esa comarca. Cartago fue llamado así por ser dicho Robledo nativo de Cartagena de Levante en los Reinos de España, y la mayor parte de los soldados cartagineses. En sus principios se llamó Nueva Cartagena...”

Varias inexactitudes hay en este párrafo, pues no fue Roble-

do el fundador de Arma sino Miguel Muñoz; Cartago nunca se llamó Nueva Cartagena, y el nombre le vino cierto, no porque Robledo fuera de Cartagena de Levante, sino porque los que acompañaban al Mariscal eran todos soldados salidos de Cartagena de Indias, primero con el infortunado Badillo, y luégo con Juan Graciano y Luis Bernal. Pero oigamos al señor Oidor del Campo y Rivas:

“Vamos ahora —continúa— a decir alguna cosa relativa a estas fundaciones: el Mariscal, de ánimo muy esforzado, como lo manifestó en todas sus empresas, trajo bastantes familias gitanas, esto es, de origen egipcio; porque gitano en nuestro romance no es sino la transformación de esa misma palabra. Dejó catorce familias en Antioquia, o Santa Fe, que trasladó Juan de Cabrera al otro lado del río Grande de Santa Marta o Cauca, cuatro en Cartago, pues en Arma y Anserma no dejó, y las otras pocas en los llanos de Buga, que luego fue presidio con el nombre de Villarica de Guadalajara. Pero los gitanos se bajaron todos al Valle de Aburrá, en donde estaban los mayores. Todos se quedaron allí, y sólo Anserma se pobló entonces de gente noble, porque mujeres vinieron muy pocas en compañía de doña Leonor de Carvajal, que era la legítima de Robledo.

“Decíamos que los gitanos o egipcios se habían establecido en el Valle de Aburrá, y que allí se han aumentado en todo ese dilatado país, siendo con ellos que se fundó la Villa de la Candelaria de Medellín, por un soldado de los de la conquista de Méjico, en recuerdo de Hernán Cortés de España...

“Son por excelencia más andariegos que los mismos judíos de las demás partes del mundo y su talla y manera participan mucho de los dichos moriscos; habiendo hecho en España y Portugal, con singularidad en los reinos de Valencia, muy buena compañía con los moros, pero aunque no se aposentasen en ninguna parte sino por la fuerza, en donde más permanecieron era en Aljeciras. De allí, según la trata de Sevilla, se trajeron para el Nuevo Reino y otros para la Provincia de Chile, bajo la partida de registro de: “Moros tornadizos”, o sea cristianos nuevos, para vivir y poblar, como queda dicho, en lugares apartados del Mar del Norte y en tierras ásperas y montuosas. A éstos les dio el Mariscal las tierras de Aburrá, hasta el cerro llamado de Buriticá, que hoy es el límite de la Gobernación de Popayán, en lo civil, porque en lo eclesiástico hasta la ciudad de Remedios; y ellos quedaron satisfechos por ser dicha tierra la más abundante en oro que hay en todo este dilatado continente...

“De los gitanos que hemos hablado y su mezcla con los indios, porque el Mariscal sí obligó a sus soldados a casarse con indias, es casi toda la gente que hay en esa comarca: debemos, sin embargo, exceptuar las ciudades de Antioquia, Arma y Caramanta, donde hay alguna nobleza española de Asturias y Galicia. Pero todos son buenos católicos y súbditos fieles, y aunque hay poca cleresía y ningún convento ni misiones, por ser dilatados y fragosísimos los caminos de Popayán y Santa Fe de Bogotá, de donde pudiera proveerse de curas de almas y apostólicos varones... Juzgamos que la circunstancia de ser cristianos nuevos, o sea, tornadizos, les hizo tomar con empeño nuestra sagrada religión, temerosos tal vez de ser perseguidos de la Santa

Inquisición. Y de observarse es también el haber dejado todas sus supercherías y séquitos de sus sauríes: sus malos oficios y en algo su incansable veleidad de andar y apropiarse tierras para poblar, lo cual nos inclinamos a creer que es una especie de castigo eterno de no llegar jamás a la tierra de promisión que ellos despreciaron cuando el caudillo de Dios, Moisés, fue a librarlos de la esclavitud de los Faraones. En mucho debe haber contribuído a su nueva y regular índole el entronque con los indios, que, como hemos visto ya, no existen puros. El Mariscal y su teniente Suero de Navas siguieron la laudable costumbre, que otros conquistadores despreciaron, de hacer casar a los colonos, y no permitían repartir las indias ni cometer bigamia; así fue que no hubo uno solo que no fuera obligado al matrimonio, si era soltero en España. De aquí nace que en este país se verifiquen tantos matrimonios, siendo práctica ya inconcusa el casarse desde muy jóvenes. Sinembargo de lo expuesto, las costumbres africanas, o sean moriscas, predominan mucho, en especial en cuanto a siembras, bastimentos y rozas. No conocen otro alimento que el maíz reducido a la comida llamada **alcuzcuz**, en Ceuta, Gibraltar, Túnez y toda aquella tierra de infieles; ellos lo llaman **masamorra**, que otros dicen **mazamorra**, pues por ser masa de moros se le ha dado este nombre...

Sabido es de todos los que han tenido en sus manos las historias y crónicas de la Conquista, que Jorge Robledo no trajo a tierra firme más familia que la suya propia, compuesta de doña María de Carvajal (no doña Leonor, como dice nuestro Oidor) y de varias doncellas sus hermanas, llamadas doña Francisca y doña Leonor, todas las cuales dejó en San Sebastián de Bellavista cuando se internó en el territorio antioqueño, del cual no volvió a salir nunca más, pues le sobrevino la infausta muerte en la Loma del Pozo. ¿Cuándo, pues, y en qué circunstancias pudo Robledo traer familias gitanas a Cartago, Buga y demás poblaciones de aquel territorio y llevarlas luego al Valle de Aburrá, que es decir a Medellín? Funda a Anserma o Santana de los Caballeros en 1539, sigue hacia el sur después de esguazar el Cauca, y funda a Cartago, hoy Pereira, en 1540; se encamina hacia el norte y llega hasta el pueblo que llamó de la Pascua; regresa a Cali, emprende de nuevo su éxodo conquistador y llega a Curumé, donde funda a Antioquia en 1541. Echadas las bases de la nueva población, se dirige a Urabá y es aprehendido por los Heredias y remitido prisionero a España, en donde no sólo se le absuelve sino que se le dan títulos de nobleza y de Mariscal y vuelve a nuestra tierra en 1545 a sufrir infortunada muerte.

Por manera que Robledo no tuvo tiempo de instalarse en lo que había descubierto y fundado, ni pudo obligar a sus tenientes a que se casaran con las indias, por el mismo motivo.

En cuanto a la fundación de Medellín, no puede ser más disparatada la relación al decir que fue con gitanos encabezados por un soldado de los de la conquista de Méjico, pues bien sabido es que aquella ciudad se fundó en 1675, por Marcos López de Restrepo, Pedro Celada Vélez, Pedro Gutiérrez Colmenero, Roque González de Fresneda, Félix Angel de Prado y otros, y fue llamada Medellín no por la patria del Conquistador de México, sino por don Pedro Portocarrero

y Luna, conde de Medellín, quien como Presidente del Consejo de Regencia de doña Mariana de Austria, firmó la cédula de erección de la nueva villa.

Y puede preguntarse: ¿De dónde eran en definitiva los pobladores de Antioquia? Porque unas veces los hace proceder de los judíos, otras de los moros y no pocas de los gitanos.

Las mismas leyes de la semántica sufren agravio del señor del Campo y Rivas al querer hacerlas servir a su fantasía. Porque masamorra no quiere decir masa de moros. El diccionario dice que es comida compuesta de harina de maíz con azúcar y miel, por lo cual puede verse que más convendría la interpretación a la que se usa en Bogotá, pues la mazamorra de la montaña no se prepara así: El señor Oidor, que vivió en Méjico, debe haberse dado cuenta de que las preparaciones de maíz entre nosotros son de origen americano, pues ellas constituían la base de la alimentación de los naturales. En la piedra de moler, llamada por los mejicanos **metlalt** (palabra españolizada hoy en forma de **metate**), sometían el maíz a la acción de la mano de moler o **metlapili** y preparaban la masa con la formaban la arepa, a la cual le mezclaban pimienta y vainilla a veces. Este género de etimologías me hace recordar las que fueron del gusto del maestro Alejo Vanegas y que consisten, según Cuervo, en sacar de cada sílaba una palabra para disolverlo todo en una frase. Alquilar, dice el maestro citado, viene de **Alius quid illam habit**, que quiere decir que es otro el que lo habita, conviene a saber, la casa ajena.

Pero aun admitiendo, en gracia de discusión, que Robledo sí hubiera traído las familias gitanas, yo pregunto: ¿Qué suerte corrieron éstas? Porque en 1582, cuando fray Jerónimo de Escobar, ya citado, visitó a Antioquia, dice que sólo halló unos diez y siete vecinos a quienes deja cierto muy mal parados. Y ni a dicho visitador, ni a Guillén Chaparro ni a ninguno de cuantos se atrevieron a llegar hasta estas abruptas tierras, se les ocurrió pensar en el origen semita de sus habitantes.

Poco a poco nuestros campesinos, por razones múltiples que sería largo estudiar en este momento, fueron repletando el Departamento e invadiendo por todos los puntos cardinales e hinchando otras tierras. E iban penetrando, no propiamente a las capitales, sino al riñón de la montaña sin desbrozar y a los socavones de las minas. ¿Cuándo se ha visto a los judíos abandonar los fáciles y pingües negocios de las poblaciones, en donde se puede engañar, para irse por selvas y despoblados, cuando es cosa sabida por los que han adentrado en la psicología del judío, que éste tiene una ingénita aversión a todo aquello que demanda trabajo duro y fatigoso?

Dije antes que en 1844 se motejaba a los antioqueños residentes en Bogotá de usureros ilícitos y activos, de rostro hebraico y corazón empedernido, amigos de su conveniencia y enemigos de la ajena; y no faltó quién apostara mil contra uno que descendían en línea recta de la raza deicida.

A reafirmar estas sospechas contribuyó mucho nuestro poeta popular Gutiérrez González, cuando por agradar un amigo suyo de

Cundinamarca, que salió chasqueado de la Villa de la Candelaria, escribió aquellos versos de

Raza de mercaderes que especula
con todo y sobre todo, raza impía,
por cuyas venas sin calor circula
la sangre vil de la nación judía.

Esta diatriba, cuyo contenido completo no me es dado reproducir aquí, parece que tuvo mucho eco, pues las opiniones en igual sentido menudearon posteriormente.

En 1868 José María Vergara y Vergara, al estudiar el carácter nacional en su **Historia de la Literatura**, o sea al dar una ojeada sobre el carácter propio de los pueblos que forman el conjunto de lo que hoy es República de Colombia, pero sin aportar argumentos históricos nuevos, dijo lo siguiente respecto de nuestro pueblo, que es un recuerdo de lo de Campo y Rivas.

“Se dice que el Estado de Antioquia fue poblado por una colonia de judíos que trajo Robledo. Esta tradición está confirmada por muchos apellidos, muy comunes en Antioquia, y que hemos encontrado en la **Historia de España** como apellidos de judíos o moriscos españoles; por la espléndida belleza de sus mujeres, ligeramente morenas y adornadas de ojos negros; por su innato carácter comercial, y por la organización patriarcal de la familia. El antioqueño del bajo pueblo, el más bello tipo del Estado y de toda la República, es inteligente, gran trabajador y muy honrado. Tiene aptitud, aunque no vocación, para la guerra; mucho amor a la familia, y es esencialmente agricultor, comerciante o minero, pero más agricultor que otra cosa. Hay pocas medianías en el pueblo antioqueño. La población de todo el Estado es homogénea, y su acento muy marcado con ciertas inflexiones que lo hacen muy distinto de los otros acentos”.

Como se ve, tampoco el culto iniciador de **El Mosaico** y dulce autor de **El manojito de hierba** emitió aquellos conceptos por agravarnos.

En 1875 estampó don José María Samper en el periódico **La Unión Colombiana** las opiniones de que el Gobierno de Antioquia había negociado con el Gobierno federal el voto del Estado para Presidente de la Confederación a favor de don Aquileo Parra, a cambio de un millón de pesos, y que dicho gobierno estaba servido por israelitas políticos, siendo el rabino supremo el señor Presidente, que era quien dirigía en Bogotá los negocios políticos. Se refería a don Recaredo de Villa, a la sazón Gobernador de Antioquia.

Dichas opiniones y otras que con este motivo publicó en Barranquilla un señor López Penha en defensa de los judíos, fueron rebatidas con su acostumbrada maestría por el doctor Mariano Ospina Rodríguez, en un artículo intitulado **Los israelitas y sus detractores**.

Si no fallan mis informaciones, fue en aquella época cuando el ilustre geógrafo Eliseo Reclus visitó nuestro país y vivió algún tiempo en Santa Marta. Mas sea de ello lo que quiera es lo cierto que el

su monumental obra **L'homme et la terre**, consignó sus opiniones sobre nuestro pueblo en la forma siguiente:

"... A lo menos al fin de los numerosos Estados muiscas coincidió con la llegada de algunos elementos étnicos nuevos que aportaron la iniciativa necesaria al progreso. Fue así como los antioqueños descendientes de los españoles mestizos que se establecieron en las alturas, entre los valles profundos del río Magdalena y el Cauca, han reconstituido realmente la raza. La tradición dice que proceden de fugitivos judíos y moros que en los primeros tiempos de la conquista buscaron en el destierro voluntario un abrigo contra la persecución; ellos pretenden ser de origen vasco. Quizá las dos versiones tengan su parte de verdad; mas sea de ello lo que fuere, es lo cierto que los pequeños industriales y comerciantes antioqueños que úno se encuentra en todas partes de la República justifican esa fama de labor ingeniosa que se atribuye a su raza".

Hacia 1882 se agitó nuevamente esta cuestión en Antioquia, y entonces saltaron a la palestra el doctor Manuel Uribe Angel y otros para probar la sinrazón y sinjusticia de dicha leyenda, pues se sabe a ciencia cierta que en las órdenes dadas a Nicolás de Obando en 1513 e intimadas a Pedro de los Ríos en 1527, se prohibía de manera formal "ir y estar en las Indias a judíos ni moros ni nuevos convertidos". Y aunque es verdad que aquellas órdenes fueron burladas por intermedio de las colonias portuguesas y holandesas, vecinas de las españolas, no lo es menos que aquello no se hizo ni podía hacerse, en forma de colonias sino individual y subrepticamente, lo que es decir que pudieron llegar hasta nuestras costas como efectivamente llegaron, judíos y moros conversos, pero no precisamente a la región más mediterránea y donde, como ya lo dije, la existencia era más precaria. Y para algo se había establecido en Cartagena de Indias el Santo Tribunal de la Inquisición.

En 1892 escribió el inmortal autor de **María** su bello canto **La Tierra de Córdoba**. El ilustre conterráneo del Oidor Del Campo y Rivas no venía, como éste, lanza en ristre contra el pueblo antioqueño; antes bien, con áurea pluma venía a cantar sus excelencias. Desde el epígrafe de su poema, que es el versículo VII del Capítulo V, de Micheas, que dice: "Estarás entre la muchedumbre de las naciones como el rocío enviado del Señor, y como la lluvia sobre la hierba", hasta la última estrofa, es un himno de gloria a la raza de donde provenía Isaacs y a nuestro pueblo. Se pregunta el poeta:

¿De qué raza descienes, pueblo altivo
titán laborador,
rey de las selvas vírgenes y de los montes níveos,
que tornas en vergeles imperios del condor?

Y él mismo responde:

Has repudiado la ominosa herencia
del ibero crüel:
ni la labor es suya ni suya la belleza,

que gala es de tus hijas y orgullo de Israel.
No hay en tí lepra de la estirpe goda
que al vencer a Boabdil,
lanzó de sus dominios la raza poderosa
que a España hizo el emporio del mundo y su pensil.

Cuando se publicó el poema de Isaacs llovieron los comentarios. Lo de más meollo que se escribió entonces fue el epistolario que Rafael Uribe Uribe dirigió al autor de **Río Moro**, en el que saca verdadera la tesis del origen vasgo de nuestro pueblo.

Doña Soledad Acosta de Samper, sin duda basada en las opiniones de su ilustre marido, presentó en 1892 una memoria al Congreso internacional que se reunió en España, en la cual memoria se hace eco de la fantasmogoría de un judío de Portugal, Aarón Levy, conocido con el nombre de Montesinos, quien por halagar a un rabino de Amsterdam le hizo saber que las diez tribus de Israel que se habían perdido desde tiempos de Salmanazar, estaban en América, y que una de ellas se hallaba probablemente en esta región. Montesinos no dice que fuera en Antioquia, pero doña Soledad sí concluye que debía ser en esta tierra.

Los escritores antioqueños, Lucrecio Vélez, Carlos E. y Antonio M. Restrepo, Eduardo Zuleta y otros, pusieron las peras a cuatro a la distinguida delegada, y todas aquellas discusiones influyeron en el ánimo de Gabriel Arango Mejía para emprender y llevar a cabo su obra **Genealogías de las familias antioqueñas**, en que, después de hurgar por todos los solares de los habitantes primitivos de Antioquia, concluye que no hay en ellos sombra de morismas y juderías sino de muy clara cepa vascongada y castellana.

Nada se volvió a decir hasta los artículos de Otero D'Acosta, a que me referí al principio. Y más tarde el doctor Eduardo Zuleta y el R. P. Félix Restrepo, el primero para mantener la duda con argumentos, en mi sentir, sin valor alguno, y el último para impugnarla. Y como fin y remate de cuanto se ha dicho acerca del semitismo antioqueño, el señor Suárez escribió primero su insuperable respuesta a Nieto Caballero, y más tarde en los **Sueños**, en los que dilucidó el tema como un artista de la pluma y el pensamiento.

Recientemente he visto publicado un libro del magnate americano Ford, que lleva por título **El Judío Internacional**, y por epígrafe el siguiente concepto acerca de la raza judía, tomado de la **Nueva Enciclopedia Internacional**:

“Entre sus características más prominentes hay que citar:

“Aversión a todo trabajo corporal duro y fatigoso, sentido familiar y hermandad de tribu muy pronunciados, e instinto religioso innato; el valor del profeta y del mártir antes que aquel cultural o del soldado; extraordinaria aptitud para mantener en condiciones adversas en unión con la cualidad de conservar la mancomunidad de la raza; predisposición para comerciar personal o socialmente; astucia y zorrería en negocios especulativos, y especialmente en asuntos de dinero; placer oriental en lujos y máximo goce del poderío y de las a-

menidades derivadas de una posición social elevada; un promedio muy elevado de las facultades intelectuales”.

Como puede observarse de la lectura de estas condiciones de raza, hay tres fundamentales de que carecen los antioqueños; es la aversión a los trabajos corporales duros y fatigosos, el placer oriental en lujos y el máximo goce del poderío. Los datos que he aportado en esta introducción me sacarán verdadero.

Don Francisco Silvestre, nombrado Gobernador, de 1776 a 1777, rindió un informe a su sucesor don Cayetano Buelta Lorenzana, del cual copio lo siguiente, por ser de mucho interés para mi propósito:

“Así como fuerte y rica en metales, lo es de agudos ingenios y admirables talentos esta provincia. Pero por varias causas que piden larga explicación se opacan y esterilizan. La inclinación a litigar les es casi genial; se pega fácilmente a algunos pocos de los españoles avecindados en ella, que suelen ser después los más dañosos, e importa mucho esta casta de díscolos (en que no faltan padrinos que llevan ventaja a todos) para ahogar y refrenar su genio perturbador de la paz...

“Aunque no faltan en todos algunas excepciones son por lo común notados de guardosos y demasiado económicos. Tienen por lo general un gran entusiasmo de nobleza, y con él tan engreído orgullo, que aunque todos se tratan de primos y sacan su relación de los primeros conquistadores y pobladores, ordinariamente contraen sus matrimonios en la propia familia y con muy inmediato parentesco...”

De los de Medellín dice lo siguiente:

“Se particularizan o distinguen los habitantes de la jurisdicción de Medellín en que son más retirados y cumplimenteros, más engreídos en su caballería y quijotescos, más apegados a sus usos antiguos y más guardosos y aplicados a no gastar. Algunos de ellos trabajan minas, y los más se dedican a la labranza de sus arados y chacras, en que siembran maíz, caña dulce y algunas otras legumbres y otros a rescatantes de los minerales que dan en la mayor parte de la jurisdicción de esta capital. Guardan mucha atención a los forasteros...”

De los de Rionegro apunta que “hay mayor número de gente distinguida y de caudal que en esta capital” (es decir, Antioquia).

En ninguna parte se advierte la más leve sospecha de este avisado visitador acerca del semitismo de aquellos habitantes. No se advierte tampoco en los conceptos del Oidor Mon y Velarde, que vino después de Lorenzana, en 1788.

El Oidor, cierto, pinta a los provincianos como gentes sumidas en el más absoluto abandono y los pone como chupa de dómine; pero tampoco a este irascible agente de la Corona se le ocurrió motejarlos de judaizantes.

Con las normas de gobierno preconizadas por Silvestre y puestas en ejecución de manera firme y dictatorial por Mon y Velarde, despertaron las energías latentes de aquellos montañeses que hasta entonces desconocían la moneda y traficaban con el oro en polvo.

“El lujo y la moda tenían un imperio muy limitado, dice el propio Silvestre, porque toda la vanidad está reducida a querer ser

gentes de posición y calidad, aunque el traje sea el más antiguo y extraño... Viven por lo general con demasiada sobriedad y sencillez y acostumbrados a viandas agrestes y groseras”.

Cuenta el autor a que vengo refiriéndome que en 1786 dejó de nombrar Procurador General porque el propuesto para ejercer el oficio se le presentó con una chamarra de lienzo y descalzo, “que era todo su ajuar”.

Como los romanos del tiempo de Fabricio, aquellos campesinos no desdeñaban las más rudas faenas agrestes. Cada uno de ellos hubiera podido servir a Virgilio como tema para su *Moretum*. Como el pejugalero *Simulo* temiendo tristes horas para el día siguiente, se levantaban cuando el vigilante gallo anunciaba con su canto el amanecer y soplaban sobre el rescoldo para atizar la moribunda lumbre y poderse preparar su almodrote. Tenían a su servicio guardianes como Cibale, de linaje húmeda, cuyo aspecto revelaba su origen:

Torta commam, labroque tumens, et fusca colore;
Pectore lata, jacens mammis, compresior alvo
Cruribus exilis, spatiosa prodiga planta;
Continuis rimis calcanea scisaa rigeabant.

“Cabello ensortijado, abultados labios, atezado el color, ancha de hombros, los pechos caídos, muy metido el vientre, flaca de piernas, anchos y largos los pies, y los callosos talones llenos de grietas”.

Los cultivos no les ocasionaban ningún gasto y sólo algunos cuidados. Sabían plantar diferentes hortalizas, confiar sus semillas al seno de la tierra, y distribuírles a tiempo y en justa medida el agua de los vecinos arroyos.

Se hombreaban los patronos con sus esclavos, lo cual explica por qué en Antioquia no se presentó jamás el problema de la esclavitud en forma agresiva y de protesta, dándose el caso de que en el siglo XVIII un señor Agudelo diera libertad, de manera espontánea, a más de cien esclavos. Así lo hizo también más tarde el ilustre sacerdote José Ramón de Posada, cuando muy pocos pensaban en aquella humanitaria medida.

La población, que a fines del siglo XVIII ascendía a cincuenta y seis mil (56.000) almas, era de cien mil (100.000), aproximadamente, en los comienzos del pasado siglo. Pero los antioqueños, con todo y haber aprovechado las sabias medidas de los últimos gobernadores de la Colonia, no andaban menos maltrechos y desmarridos. Dígalo si nó la pintura de sus condiciones que hace en 1808 el historiador Restrepo en su interesante ensayo sobre la geografía, producciones, industrias y población de la Provincia de Antioquia, publicado en *El Semanario de Caldas*. “El antioqueño, dice, con un cuerpo sano y robusto, con un carácter bondadoso, con unas costumbres sencillas, con una moral ajustada, con una aptitud para las ciencias, para las artes y para la agricultura, yace en la ignorancia y en la inacción. Sus modales, sus antiguos usos y su lenguaje poco limado, manifiesta a primera vista que es de una provincia interna: sus artes son muy imperfectas; la industria está en la cuna. Es cierto que ama el trabajo, pues ya rompe las du-

ras piedras, corta las colinas, ahonda los ríos y saca el más precioso de los metales; ya con la cortante hacha, la azada y el arado derriba los bosques, limpia las malezas y abre el seno feraz de la tierra que le brinda mil verdaderos tesoros y riquezas; pero tenazmente asido a las costumbres de sus mayores poco ilustrados, y lleno de envejecidas preocupaciones, no atiende a los brillantes ejemplos que le dan otros pueblos más civilizados”.

Con todo, aquella provincia era una de las más interesantes del Virreinato, como lo asevera el mismo doctor Restrepo cuando dice: “Si no fuera por el millón de pesos que anualmente sale de Antioquia para acrecentar la masa total de nuestra moneda, teniendo ésta tantos canales para desaparecer, el mercado escasearía considerablemente”.

Hemos visto que el historiador Restrepo emitió los anteriores conceptos en 1808, es decir, la víspera de la emancipación, a la cual contribuyó Antioquia, no ya solamente con el oro, el que según Santander, se dio a manos llenas, sino con Zea y el doctor José Félix de Restrepo, con el Secretario del Libertador de Colombia, con Ortiz, los Calle, los Uribe Restrepo, los Arrubla y los Gómez, con Salazar, con Morales, con Vélez, con Aranzazu, con Mejía, Girardot y Córdoba.

¿Cómo se explica que aquellas gentes tan atrasadas hubiesen reaccionado en el sentido de orientarse rápida y definitivamente hacia el progreso verdadero? Porque, a juzgar por el concepto desinteresado de extranjeros ilustres que visitaron aquella región en 1825, las condiciones de nuestra vida eran ya de las más aceptables que había en nuestra naciente república.

Boussingault y su compañero el inglés Walker, que estuvieron en Antioquia en aquel año, manifiestan que hallaron en Rionegro, primero y luego en Medellín, comodidades y atenciones que no tenían qué envidiar a Europa. El primero en sus Memorias se hace lenguas de la índole de aquellos habitantes, y en una correspondencia con el historiador Restrepo, le dice: “Bastante tiempo hace que estoy en la Provincia; ya he visitado a Titiribí, Buriticá y Santa Rosa. Las minas de Titiribí y Buriticá me han agradado, pero más me gustan las de la Vega de Supía. En Titiribí como en Buriticá las labores son muy superficiales y no permiten formarse de ellas una idea positiva de su riqueza, como las de Supía, que son muy extensas. Sin embargo, tengo una buena opinión de los minerales de Antioquia, y estoy convencido de que el terreno de esta Provincia es idéntico a los de Méjico y Hungría...” Y agrega: “En ninguna parte de la república lo he pasado tan bien como en la Provincia, y le aseguro a Ud. que si París no existiera me decidiría a vivir en Medellín, pues además del temperamento delicioso me gusta muchísimo el trato de sus habitantes”. El inglés Walter, en memorias inéditas que yo poseo, hace idénticas apreciaciones, y ambos dedican frases de encomio a los Sáenz y Montoya y a don Sinforoso García, antepasado de nuestro eminente compatriota Laureano García Ortiz.

Yo me he explicado el progreso de nuestro pueblo por la influencia de unos pocos espíritus patriotas y clarividentes sobre masas muy homogéneas y de excelentes condiciones de inteligencia, y por contera dada a tareas duras, y en contacto perenne con las realidades. Así

como cuando se enciende una luz, se ilumina toda una habitación, aquí ha bastado un solo hombre para hacer cambiar la faz y la orientación de todo el pueblo. Lo tuvimos en la colonia con Silvestre primero y con Mon y Velarde en seguida; y lo vimos en los albores de la guerra grande en el gobierno de Del Corral. Y es porque la civilización no es obra de multitudes. Ella es un obsequio que a las masas hacen unos pocos espíritus selectos.

No poco, digo mejor, un mucho, ha influido en el adelanto de Antioquia, su religiosidad sin gazmoñería y su respeto a la autoridad. Estas peculiaridades fueron reconocidas por observadores tan sagaces como Monseñor Rafael María Carrasquilla, quien trazó de ellas un cuadro magistral. No resisto al deseo de copiarlo, pues sin duda ya se ha caído en la cuenta de que tengo especial empeño en que sean los extraños los que se encarguen de hacer la pintura de nuestras buenas y malas cualidades.

Dice así el ilustre Rector del Colegio del Rosario, cuya muerte lamentan a una, la Iglesia y la República:

“A mediados de diciembre de 1886 nos hallábamos en el valle de Medellín, uno de los más hermosos de nuestra hermosa tierra colombiana; en Envigado, la próspera villa, cuna de José Félix de Restrepo, el magistrado integérrimo, y de José Manuel Restrepo, el repúblico, el historiador ilustre.

“A pesar de la estación lluviosa, prolongada por modo irregular aquel año, la tarde estaba despejada y serena; la luna próxima al plenilunio, brillaba sobre las colinas de oriente; el viento no movía las hojas de los naranjos en flor; el ambiente estaba tibio; todo nos convidaba a salir de la casa para gozar, bendiciendo a Dios, los hechizos de la naturaleza tropical.

“Emprendimos, a puestas del sol, a pie y lentamente, acompañados del Padre Jesús María Mejía, huésped amabilísimo nuestro, y cura del pueblo, marcha hacia el norte, en busca de la quinta del venerable sabio cristiano, honra de Antioquia y de Colombia, doctor Manuel Uribe Angel, a quien deseábamos conocer personalmente, ya que sus obras y su reputación nos eran familiares de muchos años atrás.

“La magnífica carretera del valle está orlada a derecha e izquierda de casas y de granjas, ricas y suntuosas unas, pobres y humildes otras, aseadas hasta la exageración todas, como las habitaciones holandesas. De todas ellas salía a aquella hora un murmullo monótono, salido más del corazón que de los labios.

“Pareil aux chants piantiifs que murmure une femme sur l'enfant qui s'endort”.

“Como íbamos andando, a la primera mitad del Avemaría que salía de una casa, oíamos contestar la segunda parte en la morada siguiente: cada hogar creía que estaba rezando solo, y nosotros sabíamos que estaba en comunión con el siguiente, y con el otro, y con el de más allá. Esa tarde **sentimos** la comunión de los santos, en que hasta entonces habíamos simplemente creído.

“Y pensamos que la prosperidad de Antioquia depende, no sólo de la raza, del medio ambiente, de la educación sobria y varonil, sino principalmente de la fe católica, que produce la integridad de las

costumbres, la fidelidad conyugal, la obediencia a la autoridad constituida. Antioquia, por lo general, ha tenido los mejores gobernantes, porque allá son buenos los gobernados. Y son buenos porque son cristianos y dan testimonio práctico de su fe con el diario rezo, en familia, del rosario de María”.

Cuando ya se organizó el gobierno de la república, nos tocó en suerte que nos iniciaran en el gobierno propio Aranzazu y Ospina. Es preciso leer los conceptos del primero acerca de los problemas que nos interesaban para comprender cuánta no sería su influencia en los destinos de nuestro pueblo; y en cuanto a Ospina, de él es de quien con mayor justeza puede decirse que nos enseñó todo el abecedario del progreso ordenado. Como Gobernante del Estado comprendió, lo mismo que Aranzazu, que debía orientar a los antioqueños hacia los sistemas pragmatistas, alejándolos de las especulaciones del ente de razón y la forma sustancial, y bien pronto tuvimos profesor de química y mineralogía en el francés Brougnely, quien a pesar y despecho de mil contrarias circunstancias, sembró una almáciga que no se desaprovechó. Uno de sus discípulos, estudiante más tarde en Bogotá y que llegó a ser el muy ilustre Obispo de Medellín, don José Joaquín Isaza, enseñó química en las aulas de la ilustre ciudad del Aguila Negra.

Más adelante, en el Gobierno de Giraldo, un químico español, Flórez Domonte, continuó la emprendida tarea, y aquel ilustre gobernante formó una pléyade de excelentes auxiliares en el campo de la cosa pública y preparó así las vías del Gobierno de Berrío, que es otra de las cimas del desarrollo de Antioquia, cima desde la cual ya hay irradiaciones que nadie será osado a desconocer.

De 1864 a 1873, en el gobierno de Berrío, no hubo rama de la administración pública que no recibiera vigoroso impulso. Instrucción pública y vías de comunicación fueron su lema; pero al par de estos ejes del progreso de todo pueblo, fomentó las industrias y las artes.

Berrío no sólo hizo venir técnicos alemanes para las escuelas normales, sino para la Escuela de Artes y Oficios: tomó como base el antiguo colegio del Estado y creó la Universidad, la dotó de excelente profesorado y de materiales de todo género, siendo ella en aquel tiempo lugar de cita de los estudiantes de todo el país.

No es de la índole de este prefacio el trataros de asuntos que atañen a la política; empero, no he de pasar adelante sin recordaros que aquel hombre extraordinario mantuvo el equilibrio político durante la tormentosa década del 64 al 74, y que él y aquel otro hombre admirable que se llamó Murillo Toro, a cuyos prudentes consejos y sabias medidas debió Berrío gran parte de sus buenos éxitos, fueron pares en patriotismo y en su visión clara de los problemas que atañen al buen gobierno. Los dos son dignos de figurar al lado de los claros varones de Castilla, cuyas semblanzas trazó la pluma ática de Hernando del Pulgar.

La situación actual del Departamento de Antioquia tras el período de aparente prosperidad en que nos sorprendieron las sombras de la doliente crisis, como al florentino en medio de la oscura selva, cuando apenas había andado la mitad del camino, es la siguiente:

Un millón de habitantes, sin tener en cuenta el Departamento de Caldas, de raza uniforme si las hay y de origen netamente antioqueño.

Y puesto que he nombrado este Departamento, creo que es el momento de decir que entre todas las obras con que justamente puede enorgullecerse Antioquia, esta sección nueva y ya célebre en los anales de la República, constituye la más valiosa. Ella agrupó un núcleo selectísimo de este pueblo que, como dejé dicho, había ido extendiéndose lenta y seguramente por las tierras del Tolima, Cauca y Sur de Antioquia hasta constituir una agrupación capaz de gobierno propio y con más vitalidad que la misma cepa de origen.

De aquel Departamento de Caldas, he dicho en otra ocasión y ahora lo repito. Antioquia puede exclamar parafraseando al autor de la **Oración por todos**:

Que en mi seno hospedé tu joven alma,
de una llama celeste prendida,
y haciendo dos porciones de la vida,
tomé el acíbar y te dí la miel.

El presente libro dice bien a las claras cómo aquel Departamento es la prolongación del pueblo antioqueño en el tiempo y en el espacio.

Si se echa una rápida ojeada sobre el crecimiento de la población, se advierte que de los 46.440 habitantes que tenía en 1778 y a pesar de las modificaciones consabidas, ha venido en un crecimiento netamente vegetativo que equivale a un 22, 85 por 100 en los últimos diez años. Aumento rápido que permite duplicar la población en treinta años y que no es superado en la América española, sino por el Brasil, la Argentina y Cuba, países que, como todos sabéis, son centros de grandes corrientes inmigratorias. No hay para qué decir que los países europeos tienen un coeficiente de crecimiento muy reducido.

El presupuesto departamental es quizá el más alto de los de la República, si bien con las mermas ocasionadas por la actual situación, habrá de reducirse grandemente.

En punto de vías de comunicación cuenta hoy Antioquia con trescientos kilómetros de ferrocarril que ponen en comunicación las dos hoyas hidrográficas del Magdalena y el Cauca, con obras tan notables como el túnel de La Quiebra, con 3.750 metros de longitud, y los viaductos y túneles en la vía entre Medellín y Bolombolo.

Las vías carretiles forman una red de quinientos kilómetros, con la capital como centro, que han facilitado grandemente los transportes, en términos que en cosa de pocas horas se ponen en comunicación, a través de este suelo ríscoso, lugares que en otro tiempo sólo podían hacerlo en dos o tres días, y a través de caminos de fama tradicional por sus profundos baches y sus vertiginosos caballones.

La carretera al mar, vía que busca la salida al Golfo de Urabá, por las sendas por donde penetraron los conquistadores, y que ha sido una de las pocas empresas que no ha llevado a cabo el pueblo antioqueño por razones que yo mismo he tratado de explicar en su día,

ha sido reemplazada transitoriamente con la navegación aérea entre Medellín y el mundo entero, gracias a los tenaces empeños de don Gonzalo Mejía, quien no se ha dado punto de reposo hasta dotar a Antioquia del más ventajoso de los sistemas de locomoción conocidos hoy día.

La educación pública en Antioquia señala un alto crecimiento en relación con el número de educandos, y ningún otro departamento le iguala en esta materia, siendo de advertir que el que le sigue es el de Caldas. El analfabetismo ha disminuído en los últimos años, de 60,7 por 100 a 48,8 por 100.

No niego que la situación actual de Antioquia es poco o nada halagadora, como ocurre en general a todas las demás secciones del país, y reagravada aquí por motivos harto conocidos. Es natural que una población inquieta y batalladora, y por contera amiga de todo género de adelantos, haya sido sorprendida por la contracción de la moneda y el descenso brusco de sus rentas cuando se hallaba empeñada en mil costosas empresas. Sé que soporta la pesadumbre de una deuda de más de cuarenta millones de pesos, y que si el tiempo vuela, los intereses de un capital tan cuantioso tienen la velocidad y el peso de un vagón. No ignoro que su fisco ha ido adelgazándose como no se había visto en ninguna época de su historia. Todo eso es cierto y mucho más que me callo; pero también lo es que los que nos visitan hoy, así sean agentes oficiales o turistas nacionales o extranjeros, ya no serían osados a calificarnos como en los tiempos de Silvestre y Mon y Velarde, de estar sumidos en la incuria, el abandono y la miseria.

Mientras la organización de la familia no deje aflojar los resortes que han hecho de ella una verdadera almáciga de recias virtudes cívicas; mientras las generaciones que vienen atrás no permitan que la ociosidad y el desenfreno hagan aflojar el músculo de los que han ido de cumbre en cumbre, al septentrión y al sur, segando vastas selvas bajo dosel de nubes, y mientras, en fin, vuestras mujeres continúen siendo grandes propulsoras del mejorarse de la patria por la consagración abnegada al cumplimiento de los deberes que la maternidad les impone, mientras todo esto suceda, repito, debemos tranquilizarnos, pues siempre habrá entre nosotros individuos que vivan el presente y en él se instalen con energía bastante para apoderarse del porvenir y afirmar su magnificencia.

Para dar remate a esta larga introducción voy a parafrasear al distinguido vascongado don Juan Carlos de Guerra en sus **Estudios de Heráldica Vasca**. Si blasonamos los provincianos de la claridad de nuestros orígenes no alardeamos de haber poseído numerosos esclavos, ni de haber sido señores de horca y cuchillo, ni de seguir la ridícula preocupación de los que cifran su nobleza en que sus abuelos no trabajan para comer desde la más remota antigüedad; pues bien notorio es que tanto en la agricultura y minería como en los oficios mecánicos lo mismo que en las carreras literarias, nuestros mayores vivieron honradamente en continua labor, sin desdoro de su estirpe y sin perjuicio de empuñar las armas aun contra sus mismos antepasados cuando así lo exigió la creación de la república. No es, pues, una pueril vanidad la que nos mueve a hacer una estimación de la sangre conque se es-

Emilio Robledo

malta el árbol frondoso de este pueblo, sino un orgullo legítimo. Soy el primero en reconocer, como dice Tafalla que

Sin la virtud no hay nobleza,
que quien más su lustre alaba,
allí de ser noble acaba
donde a ser vicioso empieza.

Pero nada hay por otra parte, más justo que el enaltecimiento de su propia dignidad, ni más grato que el ver que ella fue asimismo enaltecida por sus progenitores.